Violencia muda

Arturo García Ramos

Rodrigo Rey Rosa: *Los sordos.* Madrid. Alfaguara, 2012.

Desde *Lo que soñó Sebastián* (1994) hasta *Los sordos,* su última novela, la obra de Rey Rosa ha sido elogiada por la fidelidad con que el autor ha sabido administrar sus dones narrativos. Son narraciones que se despliegan con transparencia y contención; su autor evita los retoricismos, las exhibiciones verbales, el barroquismo y la ambigüedad. Para un escritor guatemalteco, para cualquier centroamericano, adoptar ese estilo es una muestra de singularidad, de independencia y autoafirmación. Su estética y su visión de la realidad pretenden que de la precisión y la exactitud se desprende una apariencia de complejidad, no la simplicidad. No importa si sus novelas se aventuran por territorios internacionales –como en *Ningún lugar sagrado* (1998), *La orilla africana* (1999)–, o si se adentran en la herida realidad de Guatemala para dar cuenta de las contradicciones sociales y de la violencia interminable –*Caballeriza* (2006), *Los sordos* (2012).

Apegado al género de la *media distancia*, es un prolijo escritor de novelas breves, que ha podado la narración a lo esencial para adensarla por desnudez. Prefiere la escena a la peripecia, como Chejov, como Mansfield, como Hemingway, como Pavese y como Paul Bowles, con quien su nombre aparece indisolublemente ligado, y a Tánger, la ciudad donde lo conoció cuando pasaba su particular temporada en el infierno a la búsqueda de la voz propia.

Los sordos es, no obstante, una novela de crímenes, un género poco inclinado a eludir la trama, pero sí a fracturarla y retorcerla, a ocultar su solución o aparentarla. Aunque se aproxima más a la novela negra que a la policial, lo que mejor define la singular forma de imaginar y narrar de Rey Rosa es la multiplicación de realidades que intervienen en el relato. El esqueleto del enigma policial es la máscara de una ficción que sirve a su autor para desplegar una

mirada más amplia, orientada a abarcar las contradicciones que acarrea el presente con su desbocada sed de progreso, de caduca y efímera modernidad, una peligrosa caja de Pandora que se lleva con vertiginosa insensibilidad las virtudes de lo humano. Pero a ese enfoque añade la preocupación por cuanto el presente global y la codicia sin escrúpulos amenazan, la fragilidad permanente de las formas culturales indígenas tradicionales, su continuidad discursiva con la naturaleza preservada durante milenios en fricción con los modelos sociales y económicos que invitan al crecimiento ciego. Acaso el diálogo de sordos entre ambos modelos de sociedad sea el visible y rotundo tema de este libro.

Y quizá el único diálogo que entablan ambos mundos sea el que accidentalmente desencadena el detective de la trama al descubrir casualmente el vínculo que los relaciona. Una de las formas que adopta el misterio en la novela de Rey Rosa consiste en dirigir la acción hacia un punto, hacia la solución de un secuestro o de un rapto, y desvelar, casualmente, otro que sirvió para abrir la novela: la desaparición de un niño indígena. La conexión de esos dos hechos tiene lugar en las profundidades de la naturaleza guatemalteca más emblemática, en Uspantán: un lago, la selva, el paisaje volcánico. Los dos mundos, el del presente científico y tecnológico y el de la todavía viva magia de los *kichés* en sueños dirigidos por taitas y nahuales, coexisten en el mismo templo natural, pero sin esperanzas de comunicación, en tensión sostenida y consentida.

El protagonista mismo, un detective fortuito, encarna ese dilema: el narrador lo muestra escindido entre el recuerdo del pasado rural al que pertenece y al que quiere regresar desde el primer momento, al menos en sus momentos de nostalgia, y la oportunidad que se le presenta de incorporarse a la ciudad y dar un salto en sus aspiraciones por lograr una vida acomodada. El ensueño de un amor apenas formado que es, tal vez, la ilusión de amar a alguien, una madre a la que por muerte o abandono han dejado sola el marido y sus hijos, la utópica aspiración de poseer un rancho, todo ello conforma ese mundo vago que de la noche a la mañana debe dejar atrás cuando su tío Chepe le ofrece la posibilidad de ser el guardaespaldas de una mujer rica. A decidir le ayuda la extrema pobreza en que vive en el pueblo. La metamorfosis es trepidante; una escuela de urgencia le facilita el permiso de armas tras un bre-

ve trámite y unos trajes de encargo consuman la nueva identidad de Cayetano Aguilar, cuya única ocupación a partir de entonces consistirá en cuidar a «doña Clara». Su mentor le advierte las reglas del oficio: máxima atención, contención en el uso del arma y dejar a un lado el orgullo. En seguida se da cuenta de que lo que verdaderamente ha perdido es su identidad. Ha dejado de ser para convertirse en la sombra de otra persona que gobierna sobre su vida. Y hasta eso pierde cuando «doña Clara» desaparece a las primeras de cambio. Un objetivo lo perseguirá desde entonces, recuperarla. A descubrir su paradero se afana con tesón obsesivo y sin límites de tiempo o de escrúpulos, entregado de pleno a una vida en que el juego consistirá en ir rebotando de aquí para allá sin asentarse en ninguna parte. El movimiento irá mostrándonos las cartas de la partida o las piezas del puzle como esferas diversas que componen una sociedad de múltiples culturas y con intereses dispares, que conviven porque coinciden en la misma geografía, pero de espaldas unas a otras, *sordas*.

La novela criminal es un género que se deja atrapar más que otros en ciertas convenciones, saber adaptarse a sus reglas para lograr una ficción personal es uno de sus retos. La narrativa latinoamericana de las últimas décadas multiplica los ejemplos. En Rodrigo Rey Rosa el género se convierte en un ejercicio de análisis de la realidad guatemalteca: la resignación ante la violencia incontenible y la fractura social entre los indígenas y el resto de los guatemaltecos son algunos de los asuntos que trae al primer plano de la novela. Pero en el centro del conflicto está la corrupción de los poderosos, acostumbrados a servirse del gobierno y sus aledaños para fines lucrativos sin que se interponga ética o escrúpulo alguno en sus deseos. Como sombra de la mujer a la que protege, Cayetano va tomando contacto con ese círculo selecto que domina la economía del país y hace y deshace a su antojo negocios dentro y fuera de la ley. El proyecto que ocupa el corazón del misterio en la novela es el deseo de fundar un hospital en el interior del país, a orillas de un lago en el que el negocio del turismo está en declive, retraído por la violencia generalizada.

Como buen mago de la ficción, el autor exhibe las circunstancias ante el lector y le oculta su significado. Ya hemos dicho que el método de Rey Rosa es la transparencia, el enigma resulta no de lo

que muestra sino de su interpretación. La idea de recaudar dinero para fundar un hospital se desliza en diversas escenas del círculo selecto al que Clara pertenece con sugerencias muy contradictorias: podría servir al escalofriante propósito de obtener órganos en el caso de una enfermedad, o también como centro de investigación. Las sospechas de que el proyecto esconde actividades ilícitas surgen cuando el amante de Clara la rapta tras administrarle una sustancia que le ha proporcionado el médico con quien cuenta para llevar a cabo el hospital. Todo a partir de ese momento admite varias explicaciones y todo hace sospechar al lector. Que Clara llame periódicamente a casa diciendo que se encuentra bien, no hará sino acrecentar la posibilidad de que está retenida en contra de su voluntad y la acción se acelera en una loca y trepidante espiral de violencia hasta precipitar en un final que deshace parcialmente el misterio tras un solemne juicio maya.

Conducir la acción por las extremas veredas de la ficción que enredan al lector en las más abyectas cavilaciones es el malévolo juego del autor, quien se sirve de la psicología de un lector siempre dispuesto a inclinarse del lado del mal, para desplegar el ímpetu de la violencia en todas las dimensiones posibles en que esta se presenta en la sociedad que describe: el crimen pasional, el asesinato a sueldo o el linchamiento colectivo son sólo algunas de las muestras de un amplio abanico de horrores. La reflexión de Rey Rosa se completa con otros datos; primero en una nota inicial en la que explica la práctica del ejército guatemalteco de reclutar entre la población campesina a los integrantes de las PAC (Patrullas de Autodefensa Civil), una suerte de quinta columna que sirvió para oponerse a los grupos guerrilleros que fueron activándose tras el derrocamiento del gobierno electo de Jacobo Arbenz en 1954. Luego la novela va desgranando en informaciones incidentales los ejemplos de esa persistente tragedia cuando Cayetano lee el periódico al poco de llegar a la ciudad, o cuando lo hace el padre de Claudia atraído por noticias que podrían tener por protagonista a su hija desaparecida. Menudean los detalles horrísonos, tal vez atenuados por formar parte de la ficción pero, como nos ha enseñado otro guatemalteco, Luis Cardoza y Aragón, «nada más fantástico que la realidad», de modo que no cabe otra actitud sino la del asombro cuando en la ficción se cuelan algunos datos que

nos hablan de la superación de Ciudad Juárez en el número de muertes violentas de mujeres que se producen en Guatemala.

Exquisitamente ambiguo con la historia y extraordinariamente nítido en los hechos que condena, Rodrigo Rey Rosa ha construido la ficción como si tratara de sugerir el efecto multiplicador que la violencia, en cualquiera de sus formas y versiones, desata. Y ha sugerido que el único modo de oponerse a la aceptación de los sucesos, a la inaceptable violencia muda que emponzoña el alma de las gentes que la padecen, a ese laberinto infernal, es el diálogo y el olvido –aunque sea en dosis de *nepente*–. ©